

# ESCIPIÓN EN NUMANCIA ¿UN TRIUNFO DE LA DISCIPLINA?

Emilio M. BOULLOSA FERNÁNDEZ<sup>1</sup>

## *RESUMEN*

En este trabajo se estudia la trayectoria militar de Publio Cornelio Escipión Emiliano, paradigma del ideal del perfecto romano y heredero de la tradición militar republicana de sacrificio y disciplina. Se analiza, igualmente, porqué se precisó un contingente tan numeroso de 60.000 hombres para sitiar la ciudad de Numancia así como el declive político de Emiliano cuando había alcanzado sus mayores triunfos.

*PALABRAS CLAVE:* Disciplina. Emiliano. Asedio. Numancia.

## *ABSTRACT*

In this work we study the military trajectory of P. Cornelius Scipio Aemilianus, paradigm of the ideal of the perfect Roman citizen and successor of the Republican tradition of military sacrifice and discipline. It is analysed, likewise, why it was needed a contingent so numerous of 60.000 men to siege the city of Numancia as well as the Aemilianus' political decline when he had reached his biggest victories.

*KEY WORDS:* Discipline. Aemilianus. Siege. Numantia.

\* \* \* \* \*

---

<sup>1</sup> Investigador.

*Escipión Emiliano*

Una de las grandes figuras militares y políticas de la etapa expansionista de la República romana fue, sin duda, Publio Cornelio Escipión Emiliano. El conquistador y destructor de Cartago y Numancia personificaba, para los historiadores latinos, la idealización de los atributos propios que se arrogaban los romanos, ya fuera la *virtus*, la *pietas*, la *gravitas*, la *parsimonia* o la *disciplina*, a las que atribuían la esencia misma con la que se había forjado el carácter de los primeros romanos; para ellos Escipión Emiliano era el ejemplo del romano por antonomasia, el aristócrata que las encarnaba perfectamente como un modelo a seguir en los tiempos convulsos que le tocó vivir en los que la corrupción política y económica empezaba a hacer mella en la austera sociedad romana y que la causa de esta situación, para los historiadores de la etapa imperial de Roma, se debía precisamente al abandono paulatino de estos principios por lo que consideraban que había tenido como consecuencia las guerras civiles y la destrucción de la República.

Publio Cornelio Escipión Emiliano, nació en 184-185 a. de C., de familia patricia era el segundo hijo de L. Emilio Paulo (vencedor de la guerra contra el rey Perseo de Macedonia) y de Papiria (hija de Papirio Maso que subyugó Córcega), el divorcio de sus padres cuando era aún un niño ocasionó la adopción tanto de él como de su hermano mayor, Quinto Fabio Máximo Emiliano, por otros dos importantes linajes, la familia Cornelia y la familia Fabia respectivamente, lo que incrementó por estos lazos de unión el poder político y los intereses comunes de todas ellas.

Escipión Emiliano fue adoptado concretamente por su primo, el hijo mayor de Publio Cornelio Escipión, de igual nombre, y que no tenía descendencia que perpetuara su propia línea en el linaje, era augur y un gran orador pero físicamente enfermizo por lo que no llegó a alcanzar grandes metas en su carrera política ni emular a su padre, el vencedor de Aníbal que sentenció la Segunda Guerra Púnica a favor de los romanos por lo que sería conocido con el sobrenombre de el Africano.

Emiliano, que había sido designado por la voluntad de un clan para ser uno de sus miembros, también había contraído la enorme obligación moral que ello conllevaba pues a partir de su adopción no sólo llevaría el nombre de uno de los romanos más famosos de su tiempo sino que también habría de heredar la responsabilidad de conseguir nuevos logros que no desmerecieran la notoriedad, no sólo de su familia biológica a la que nunca renunció, sino también y sobre todo de la familia Cornelia, labor en la que cifró su vida y en la que pondría todo su empeño hasta alcanzar por sus méritos la gloria de

la que ya habían disfrutado sus antecesores como Emilio Paulo o el gran Escipión (al que no llegó a conocer personalmente ya que había fallecido dos años antes del nacimiento de Emiliano) hasta el punto que por sus hechos en la guerra contra Cartago también sería conocido por el mismo seudónimo victorioso de el Africano<sup>2</sup>.

### *Emilio Paulo, mentor de la disciplina de Escipión*

A una edad temprana y como primer paso para iniciar su *cursus honorum* Emiliano formó parte del ejército que comandaba su padre, Emilio Paulo, cuando éste fue designado cónsul para combatir a Perseo, rey de Macedonia, por lo que pudo aprender, de primera mano, el arte de la guerra y la toma de decisiones de quien tiene el mando y la responsabilidad de un ejército en campaña.

Tras los reveses romanos en Macedonia fue Emilio Paulo quien, en su segundo consulado, se hizo cargo de esta importante guerra para los intereses de Roma; por su experiencia militar y contrario a adular al pueblo y agradar a los soldados para conseguir poder e influencias, se caracterizaba por ser estricto en el control y vigilancia de las costumbres militares en la misma medida que resultaba implacable con los indisciplinados y transgresores. Al dirigirse a la asamblea del pueblo antes de partir para Macedonia, y para evitar de antemano las habladurías, censuras y opiniones ociosas y vanas de la ciudadanía y del Senado ante lo que debía hacerse para ganar la guerra en contra de las resoluciones que se pudieran adoptar, dejó clara su postura de que sólo los que contaban con la experiencia militar apropiada debían tomar las decisiones concernientes a la dirección de las operaciones dejando una clara invitación a todo aquel que opinara de manera contraria a que las asumiera bajo su propia responsabilidad, por lo que disipó cualquier duda sobre el liderazgo de la campaña. De la misma manera fue igual de rotundo en la asamblea de soldados, ya en Macedonia, pues llamándoles

---

<sup>2</sup> Los Escipiones eran muy celosos con todo lo que se refería al prestigio de su familia, una anécdota al respecto pone de relieve que Publio Cornelio Escipión, el Mayor, había rendido homenaje a la memoria de su padre y de su tío, muertos en Hispania, haciendo grabar sus imágenes en actitud de combate en su escudo de batalla (Silio Itálico, XVII, 395). De igual forma, Salustio, el historiador latino del siglo I a. C., comenta en su obra «la guerra de Yugurta», que Quinto Máximo y Publio Escipión, entre otros hombres ilustres de Roma, al contemplar las imágenes de sus antepasados (en el altar familiar), se les enardecía el espíritu deseosos de emular sus virtudes, y explicaba este autor que el recuerdo de las hazañas de sus mayores les enervorizaba de tal manera que no podían aplacarse hasta que sus propias cualidades no estuvieran a la altura de la fama y gloria de aquellos.

al orden por su indisciplina y sus críticas en las cuestiones que sólo debían competir determinar a los mandos les dio el siguiente discurso, que nos narra el historiador Tito Livio<sup>3</sup>, y que recuerda alguno de los principios castrenses que aún hoy día regulan la vida militar:

*«En un ejército, el único que debe prever y determinar qué procede hacer es el general, bien por sí mismo o bien con aquellos a los que convoca al consejo, quienes no son convocados no deben andar aireando sus consejos ni en público ni en privado. El soldado debe preocuparse de estas tres cosas: mantener su cuerpo con la mayor fortaleza y agilidad; tener las armas a punto, y tener alimentos preparados para una orden repentina. En lo demás debe saber que los dioses inmortales y su general velan por él. En un ejército en el que los soldados deliberan y el general anda a merced de los rumores de la tropa no hay ninguna salvación. Él se encargaría, porque éste es el deber de un general, de proporcionarles la oportunidad de combatir con éxito; ellos no tenían que preguntar en absoluto qué iba a ocurrir en adelante, sino cumplir celosamente sus deberes de soldados cuando se diera la señal.»*

Como medidas disciplinarias previas a la batalla de Pidna (168 a. C.), que habría de sentenciar la guerra macedónica, Emilio Paulo adoptó entre otras las siguientes: Dado que en el ejército en marcha las órdenes se daban al mismo tiempo y para todos de viva voz y no alcanzando todos a escucharlas con claridad, unos al no estar seguros de lo que se había dicho hacían más de lo que debían mientras que otros por la misma razón hacían menos con lo cual en seguida surgían gritos discordantes por todas partes por lo que el enemigo sabía antes que ellos mismos qué era lo que se pretendía. Se decidió, en consecuencia, que el tribuno transmitiera la orden por separado al primipilo de la legión, y que éste la comunicara a su vez al más próximo y luego cada centurión al siguiente en la formación, tanto si la orden partía de la vanguardia hacia la retaguardia de la columna como a la inversa. Otra medida consistió en prohibir que los soldados hicieran las guardias nocturnas con el escudo, puesto que las hacían de pie y cuando estaban cansados se apoyaban en él para dormir, con el inconveniente añadido que ante el acecho del enemigo su brillo los delataba y ya que su deber no era combatir sino vigilar y retirarse para dar la alarma a los demás en caso de un ataque

---

<sup>3</sup> Livio, XLIV, 34, 1-5. Plutarco, Vidas paralelas, Paulo Emilio, XIII, 6.

repentino, no los iban a precisar<sup>4</sup>. Los turnos de centinela se inspeccionaban con rigor y el propio Emilio Paulo realizaba visitas para supervisar personalmente los trabajos.

Fue precisamente la férrea disciplina y la estrategia empleada por Paulo en la batalla de Pidna las claves que dieron la victoria definitiva a los romanos sobre un enemigo muy superior en número. Es este tipo de disciplina, aprendida de su padre, la que habría de aplicar en el futuro Escipión Emiliano, a veces incluso con matices muy similares, como lo demuestra por ejemplo el hecho de que después de esta triunfal campaña de Paulo contra los macedonios, y a pesar de que los romanos siempre habían tomado medidas punitivas ejemplares contra los tráfugas, se llegó a castigar a los aliados romanos desertores a ser aplastados por las patas de los elefantes en los espectáculos circenses, algo inusual para aquella época determinada de la historia de Roma en la que a los tráfugas y traidores se les reservaba una pena de muerte diferente fuera del espectáculo de masas; años más tarde Escipión después de la destrucción de Cartago también habría de valerse de este tipo de castigo para ejecutar a los desertores extranjeros de su ejército mandándolos arrojar a las fieras en los festejos victoriosos ofrecidos al pueblo romano<sup>5</sup>.

De ser cierta la anécdota relatada por Cicerón tampoco Escipión habría de olvidar las faltas cometidas por algún militar en el pasado pues siendo censor castigó a un centurión por cobardía en la batalla de Emilio Paulo a pesar de haber transcurrido veintisiete años desde que tuviera lugar aquella<sup>6</sup>.

Escipión Emiliano nunca buscó el enriquecimiento personal; su ambición era de otra índole, lo que más ansiaba por encima de las banalidades materiales era ganar gloria y renombre para que su fama trascendiera en el futuro como lo habían hecho sus ancestros; hasta tal extremo llevaba esta obsesión que no admitía ningún detalle por ingenuo o nimio que fuera en el que se pudiera ver empañada su notoriedad; así, a pesar de haber transcurrido cuatro años después de la destrucción de Cartago, siendo censor aprovechó sus atribuciones para retirar la montura a un caballero porque durante el transcurso de la última guerra púnica había dado una costosa cena y había hecho preparar un pastel de miel con la forma de la ciudad enemiga y lo sirvió a los invitados llamándolo Cartago para que pudieran hacerlo des-

---

<sup>4</sup> Sobre las guardias nocturnas, Plutarco («Vidas Paralelas» Paulo Emilio, XIII, 7), no menciona la prohibición de utilizar el escudo pero sí la lanza (e incluso en Reg. et. Imp. Apopht. 198 A, añade además la espada) para que al estar indefensos ante un posible ataque enemigo estuvieran más atentos y combatieran mejor el sueño.

<sup>5</sup> Val. Max. II, 7, 13-14. Livio, Ox. Epit. 51.

<sup>6</sup> Cicerón. De orat., II, 272. Se supone que tiene que tratarse de la batalla de Pidna.

aparecer, cuando el joven preguntó el motivo por el que se le había quitado el caballo, respondió Escipión: «*Porque destruiste Cartago antes que yo.*»<sup>7</sup>.

### *Escipión hace méritos en Hispania*

No es de extrañar que la primera oportunidad, después de la batalla de Pidna, para poder destacar entre sus congéneres fuera la de enrolarse a las órdenes del cónsul Lucio Licinio Lúculo, en la nueva campaña para Hispania contra los celtíberos (151 a. C.), por existir dificultades para completar la leva y a pesar de haberle sido designado ya como destino Macedonia en donde se le requería a instancias de los propios macedonios para arbitrar en sus disensiones internas.

El cónsul del 153 a. C., Fulvio Nobilior, había sido derrotado con su ejército consular compuesto por un efectivo extraordinario de 30.000 hombres contra las tribus celtíberas de los arevacos, belos y titos, padeciendo su ejército derrotas y todo tipo de penalidades incluyendo la mortandad por hambre y por frío cuando después de las operaciones estivales decidió permanecer acampado junto a Numancia y sobrevino el invierno. El cónsul Claudio Marcelo que tuvo que acudir en su ayuda logró, por su actitud para la negociación, que los pueblos rebeldes le enviaran emisarios de paz los cuales le propusieron acceder a aceptar una pena ligera y volver a los acuerdos existentes antes de la guerra, pero los nativos que habían sido atacados por estos pueblos se lo desaconsejaron por lo que decidió enviar a Roma legados de las partes en desacuerdo para que dirimieran allí sus diferencias. Sin embargo el Senado romano una vez escuchadas las partes en conflicto consideró que todo eso se lo podrían haber confiado a Nobilior en su momento y los envió de nuevo a Hispania en donde recibirían la contestación del Senado por medio de Marcelo al mismo tiempo que le enviaban mensajeros con la orden de proseguir la guerra de una forma valerosa y digna de su patria, dando a entender que querían una clara victoria militar no un pacto.

Tal y como relató el historiador Apiano, cuando Nobilior y los que a sus órdenes habían militado, contaron en Roma los desastres sufridos, lo frecuentes que eran las batallas, el número de muertos y el valor del enemigo, cundió tal temor entre los jóvenes que los más ancianos confesaron no haber visto jamás cosa igual. El apocamiento llegó a tal punto que ni se presentaban a los magistrados el número requerido de tribunos, quedando puestos vacantes cuando hasta entonces lo normal era que se ofrecieran muchos más

---

<sup>7</sup> Plutarco, (Apophtegma) Moralia. Máximas de romanos, Escipión el Joven, 11.

de los que se necesitaban, ni los legados que debían acompañar al general enviados por el Senado aceptaban el cargo; y lo que es más, los jóvenes rehuían el alistamiento aduciendo excusas tales que alegarlas era vergonzoso, examinarlas indecoroso, refutarlas imposible.

Es en este contexto cuando el gesto efectista de incorporarse voluntariamente al ejército de Hispania le proporcionó a Escipión el prestigio buscado y arrastró a los demás, por un deseo de emularlo, a un alistamiento antes impensable al proclamar en el Senado: «*Si tuviese en cuenta mi privada utilidad, mi marcha a Macedonia sería más segura y más propia, pero me mueven más las conveniencias de la República, las cuales llaman a Hispania a los verdaderamente deseosos de gloria.*»<sup>8</sup>.

Para cuando el cónsul Licinio Lúculo llegó a Numancia, la principal ciudad de los celtíberos, Claudio Marcelo, que había pactado en secreto con el portavoz de los rebeldes en Roma, ya había concluido un acuerdo de paz con ellos para lo cual y por no desacatar las órdenes del Senado había acampado ante Numancia como si fuera a dar batalla en un simulacro posiblemente ya pactado de rendición, y Litennón, el caudillo numantino que representaba a los diferentes pueblos celtíberos en conflicto, se sometió, en representación de todos ellos a Marcelo junto con el pago de una indemnización de 600 talentos. El Senado más adelante aceptó a regañadientes la paz concertada por Marcelo porque no había dado un verdadero escarmiento al enemigo, por lo que ya había sido criticado anteriormente, sobre todo por Escipión, que representaba la facción más radical y belicista de Roma, pero Marcelo, que ya contaba con poco tiempo de mandato y ante la imposibilidad de hacer y vencer rápidamente en una guerra que se vaticinaba no sería corta, ya había cumplido su objetivo político que era el de convertirse en el artífice de la paz, antes de que Lúculo le sustituyera y tuviera la posibilidad de resultar victorioso llevándose el mérito en una guerra tremendamente impopular para el pueblo romano.

Lúculo al encontrar la zona pacificada y con ansias de conseguir gloria y fortuna se buscó un nuevo enemigo y con un subterfugio atacó, sin órdenes del Senado, a los vacceos, pueblo cerealista del Duero medio; su comportamiento llenó de infamia y traición a los romanos al pasar a cuchillo a la población de Cauca a pesar de haber pactado con ellos la paz; en Intercatia tras unos intentos fracasados de tomar la ciudad y debido a la pérdida de hombres y la situación apurada de ambas partes que sufrían los estragos de la guerra, se llegó a un acuerdo gracias a la intervención de Escipión, que ya había destacado por su valor durante el sitio de esta ciudad, debido a su fama personal y la de su ilustre nombre y por ser él precisamente quien lo garantizaba pues

---

<sup>8</sup> Polibio, XXXV, 3, 6. Livio, Per., 48. Orosio, IV, 21, 1.

anteriormente ya se habían burlado de Lúculo cuando intentó lo mismo antes de intentar atacar la ciudad y le recordaron lo sucedido a los de Cauca. Los romanos se conformaron, en estas condiciones, con que se les dieran sagos (la prenda de abrigo de los celtíberos) algo de ganado y cincuenta rehenes pero no consiguieron ni oro ni plata. De aquí los romanos se dirigieron contra Pallantia por considerarla una ciudad rica, pero fracasaron en su asedio por lo que se vieron obligados a retirarse siendo hostigados en su retaguardia hasta llegar al río Duero, desde allí los vacceos regresaron a su territorio y Lúculo se retiró a invernar a la tierra de los turdetanos (en la actual Andalucía).

Desde Turdetania Escipión fue enviado a Numidia, en Africa<sup>9</sup>, para pedir elefantes al rey Masinisa, aliado de Roma, cosa que no le fue difícil conseguir debido al aprecio que le había tenido Masinisa al antecesor de Emilianio, el gran Escipión, y su relación clientelar. Entretanto Lúculo se dedicó a apoyar al pretor de la Hispania Ulterior, Servio Sulpicio Galba, que había sufrido reveses contra los lusitanos que incursionaban en su territorio; Galba posiblemente aleccionado por Lúculo empleó los mismos métodos que éste y prometiendo paz y tierras a los lusitanos los masacró como hiciera Lúculo con los de Cauca, lo que sólo sirvió para incrementar el odio y la resistencia contra los romanos. El dinero conseguido en estas campañas pagaron la absolución de ambos magistrados por los cargos que se les imputaron por sus pérfidas acciones en la Península, pero los historiadores nada dicen del parecer de Escipión Emilianio sobre la actuación de Lúculo y Galba<sup>10</sup>.

### *La disciplina de Escipión en Africa*

La siguiente actuación militar de Escipión se circunscribe en la primera fase de la Tercera Guerra Púnica (149 a. C.) cuando es destinado a África

<sup>9</sup> DÍAZ TEJERA, Alberto: *Historias*. Polibio. C.S.I.C., Barcelona, 1.972. p. 38.

<sup>10</sup> Personalmente Escipión no era favorable a ninguno de los dos. En el caso de Galba, con el que existía enemistad, en una ocasión en la que éste había sido nombrado cónsul en el año 144 a. C. (a pesar de su actuación en Lusitania), y contendía en el Senado con su colega consular Aurelio Cota, sobre cual de los dos debía ser enviado a Hispania Ulterior para luchar contra Viriato, al haber disparidad de opiniones y estar todos pendientes de hacia donde se inclinaba el parecer de Escipión, éste dijo: «*No me gusta que sea enviado ninguno de los dos, porque el uno nada tiene, al otro nada le es suficiente.*» (Val. Máx., IV, 4, 2). Con esto Escipión también conseguía su propósito de que fuera prorrogado el mando de su hermano Q. Fabio Máximo Emilianio en Hispania. No obstante, Q. Servilio Cepión (cónsul en 140 a. C., procónsul en 139 a. C.), pertenecía a la facción de Escipión, tanto él como su hermano ya se habían destacado por sus severas represiones en Hispania, pero Servilio en concreto tras romper la paz concertada un año antes por su hermano, ante la imposibilidad de vencer a Viriato lo hizo asesinar, actitud que deploraron los propios historiadores romanos. La victoria a toda costa y la *deditio* total del enemigo, sin contraprestaciones es la política de Emilianio y sus seguidores, bastante distinta de la de Escipión el Mayor.



como tribuno militar de la cuarta legión. Se enviaron también a esta guerra a los dos cónsules electos de ese año, Lucio Censorino, que se hizo cargo de las operaciones realizadas por mar, y Marco Manilio, que estuvo al frente de las fuerzas terrestres<sup>11</sup>; bajo el mando de este último militó Escipión que no tardó en destacar y hacer méritos, no mostrándose nunca vacilante o precipitado sino reflexivo y cauto lo que le valió en varias ocasiones poder salvar a sus conciudadanos de situaciones apuradas, mostrando un talento militar que no sólo le reconocían los soldados sino también el propio Manilio, sobre todo cuando éste quedo solo al mando pues Censorino tuvo que marchar a Roma para presidir las elecciones de magistrados.

Una de las razones del éxito de Escipión consistía también en la disciplina que imponía a sus soldados, hasta el punto que en las expediciones de forraje y aprovisionamiento de madera que se hacía en territorio enemigo, y que eran siempre responsabilidad de los tribunos militares, cuando era él quien las comandaba, ya que el mando lo ostentaban los tribunos militares en turnos rotatorios, el enemigo no se atrevía a realizar ataques sorpresivos; la explicación nos la refiere el historiador Apiano (Afr., 100): «*Sin embargo, cuando el jefe era Escipión, nunca se mostraba (se refiere a Fameas, el jefe de la caballería cartaginesa). Pues Escipión siempre llevaba a sus soldados en perfecto orden y a los jinetes sobre los caballos; en la recogida de forraje, jamás rompía filas, sin que antes estuviera rodeada con la caballería y los hoplitas la llanura que iba a ser segada; luego él en persona con otros escuadrones de jinetes la rodeaba continuamente en círculo y castigaba con severidad a cualquiera de los segadores que se perdiera o saliera del círculo.*»

Escipión acrecentó su fama de tal manera que tras los fracasos del intento de la toma de la ciudad de Aspis y las batallas en torno a Hipágreta y Bitia, del nuevo cónsul del 148 a. C., Calpurnio Pisón y su legado Lucio Mancino, destinados a la guerra contra Cartago, se pensó en él como la mejor opción para sustituirle como cónsul al año siguiente, a pesar de que Escipión se presentaba a la candidatura de edil en las elecciones del año 147 a. C., y no tenía además la edad necesaria para presentarse a aquella magistratura<sup>12</sup>. Incluso Catón, apodado el Censor, poco afecto a los Escipiones, al ser informado de las hazañas de Emiliano y preguntársele sobre los hombres que estaban en campaña en Cartago, exclamó, parafraseando a Homero en la

---

<sup>11</sup> Marco Manilio había sido pretor en Hispania Ulterior en 155 a. C., y junto el pretor del año anterior, L. Calpurnio Pisón (que también llegaría a alcanzar el consulado y participaría en esta guerra de Africa en 148 a. C.) habían sufrido una severa derrota con una pérdida de 6.000 hombres a manos del caudillo lusitano Púnico.

<sup>12</sup> La *lex Villia annalis*, decretaba que para ser cónsul la edad mínima requerida era la de 42 años, él tenía entonces 37.

Odisea: «*Sólo él es sensato, los demás vagan por allí como sombras.*» Una vez en Roma, a instancias del pueblo y por una dispensa extraordinaria, no sólo le nombraron cónsul sino que además se le asignó sin sorteo, en contra de lo habitual, la provincia de África para que pudiera concluir la guerra contra Cartago.

Escipión regresó a África con nuevos refuerzos de soldados romanos y aliados, pero pronto se dio cuenta que entre los soldados que habían permanecido allí no había ningún tipo de disciplina ni orden y atribuyó al anterior cónsul que estuvieran habituados a la pereza, a la codicia y a la rapiña, y que convivieran con ellos una multitud de rufianes que los seguían a causa del botín y acompañaban a los más osados en sus expediciones de saqueo sin permiso –aunque ante la ley era considerado desertor todo aquel que en tiempo de guerra se alejaba más allá del sonido de la trompeta–. Incluso el producto de aquellos saqueos era motivo de disputa entre ellos; Escipión a la vista de todos estos hechos vergonzosos tuvo la certeza que jamás podría dominar al enemigo si antes no lo hacía con sus soldados, por lo que los convocó a una asamblea y tras subir a una tribuna elevada les dirigió un discurso recriminatorio en el que los increpó tachándolos de salteadores más bien que soldados y que su avaricia les asemejaba más a mercaderes que a un ejército sitiador y que sólo deseaban la molicie cuando todavía estaban en guerra sin haber conseguido la victoria, y que si no les castigaba de inmediato era por considerar que el culpable era quien con anterioridad tenía esta responsabilidad, advirtiéndolos de las consecuencias de su comportamiento en lo sucesivo. Aprovechó en esta asamblea para expulsar del campamento, de forma inmediata, a todo aquel que no fuera militar, a excepción de los que tuvieran permiso para quedarse y que a los que salieran no les permitiría entrar a no ser que trajeran comida y que ésta debía ser sencilla como correspondía a soldados. A éstos, incluso, les fue fijado un tiempo para disponer sus mercancías y un cuestor y él personalmente supervisaban las ventas. De esta manera no sólo se deshizo de una gran cantidad de hombres inútiles sino también de todo lo que era superfluo, vano o lujoso<sup>13</sup>.

La táctica empleada por Escipión para tomar una ciudad tan grande, opulenta y bien fortificada como Cartago era la de evitar que recibiera refuerzos y provisiones, tanto por tierra como por mar. Al estar situada esta ciudad en una península, la única parte que daba a tierra era un istmo, al tomar este punto estratégico lo atravesó con un foso de 25 estadios (4.602 m.) de igual anchura que el istmo así como otro paralelo de igual longitud

---

<sup>13</sup> Apiano, Afr., 115-116.

que miraba hacia el continente y flanqueó los lados con otras dos trincheras, erizándolo todo con estacas agudas, después construyó empalizadas y en la parte que daba a la ciudad levantó un muro con almenas y torres. Como el bloqueo de la flota romana era burlada a veces y la ciudad recibía todavía suministros, Escipión decidió construir también un enorme dique que desde tierra se adentraba en el mar en dirección al puerto, por lo que los cartagineses excavaron otra entrada al otro lado del puerto que daba a mar abierto. En un posterior intento de Escipión de abrir una brecha en un pequeño muro de un malecón adosado a la ciudad, los cartagineses hicieron una salida sorpresiva aprovechando la noche y con el agua hasta el pecho o nadando consiguieron llegar hasta donde estaban los arietes y las máquinas de asalto destruyéndolas y creando entre los romanos el pánico, haciéndolos huir y creando tal confusión en el campamento de Escipión que éste, temiendo las consecuencias y deseando imponer su disciplina a toda costa, cabalgó fuera con sus jinetes y ordenó a sus oficiales que mataran a los que huyeran, alcanzando y matando a algunos él mismo hasta que la mayoría fueron obligados a retroceder hasta el campamento y permanecieron toda la noche en armas por temor a la desesperación de los enemigos, que sin embargo tras haber cumplido su objetivo habían regresado a la ciudad también a nado. Escipión tuvo que adoptar una nueva estrategia y con la toma de la ciudad de Néferis, que suministraba víveres a los sitiados, Cartago quedó desabastecida y aislada. La ciudad resistió, no obstante, hasta el 146 a. C., fecha en la que se rindieron los últimos núcleos de resistencia. La ciudad ardió durante diecisiete días seguidos y toda la muchedumbre de cautivos fue vendida, exceptuando unos pocos nobles; aunque para entonces Escipión ya no ostentaba el cargo de cónsul, por haber expirado el año de mandato, no había sido sustituido, conservó el mando militar en África y encabezó las principales acciones bélicas hasta la caída definitiva de Cartago. Escipión permaneció algún tiempo más en África para organizar los asuntos oficiales, castigar a las ciudades que habían ayudado a la ciudad asediada y premiando a las que habían dado su apoyo a los romanos, para ello contó con la colaboración de diez representantes del Senado romano, los cuales le llevaron también la orden senatorial de destruir completamente los restos de la ciudad púnica. Cartago no volvería a existir nunca más como ciudad cartaginesa.

Escipión Emiliano ostentó más adelante el cargo de Censor en 142 a. C., y posteriormente fue enviado en misiones de carácter diplomático a Egipto, Chipre, Siria, Rodas y a algunos lugares de Grecia y Asia Menor, pero en el 134 a. C., la situación insostenible de la guerra en Hispania llevará al Senado romano a plantearse enviar a Escipión.

*Las guerras numantinas*

La paz conseguida por Claudio Marcelo tan sólo duró 8 años, la guerra que mantenía el lusitano Viriato –un superviviente de las matanzas de Galba que llegó a convertirse en caudillo– contra los romanos desde el 147 a. C., y sus notorias victorias acabaron por convencer a los celtíberos que ellos también podían sustraerse del yugo romano por lo que se rebelaron contra el poder de Roma en el 143 a. C. Contra ellos se envió a una ejército consular al frente de Q. Cecilio Metelo, general victorioso que había subyugado Macedonia. Pese a haber tomado algunas ciudades celtíberas se centró en exceso en atacar a lo aliados de los celtíberos arevacos, los vacceos, por lo que aparentemente le faltó tiempo antes de expirar su mandato de dos años para asediar a las ciudades más importantes: Numancia y Termes; en 141 a. C., fue sustituido por el cónsul Quinto Pompeyo, hombre sin experiencia militar, que fracasó igualmente en sus intentos de atacar estas dos plazas fuertes, por lo que intentó una negociación de paz con los celtíberos que luego negaría. Mientras el Senado romano dirimía el acuerdo de paz negado por Pompeyo, su sucesor en el 139 a. C., el cónsul M. Popilio Lenas, se dirigió a Lusitania para apoyar al procónsul Servilio Cepión.

Popilio Lenas empleó las mismas tácticas negociadoras con Viriato que Pompeyo con los celtíberos, y tras conseguir y obtener todo de él le pidió finalmente que le fueran entregadas las armas, la negativa del caudillo lusitano rompió el pacto y tras dirigirse a Cepión para intentar una nueva negociación, aquél consiguió sobornar a los tres emisarios de Viriato que lo asesinaron, con él finalizaron también las campañas victoriosas de los lusitanos contra Roma. Al año siguiente, y con la decisión del Senado romano de negar la paz de Pompeyo y proseguir la guerra, Popilio Lenas se dirigió contra Numancia donde fue derrotado. En el 137 a. C., su sustituto, el cónsul C. Hostilio Mancino, no sólo fue derrotado en varias ocasiones por los numantinos sino que el falso rumor de que éstos iban a recibir refuerzos de vacceos y cántabros le hizo tomar la decisión de retirarse al amparo de la noche, pero al día siguiente fue sorprendido por los numantinos que le rodearon en un lugar poco defendible, viéndose obligado a pactar con ellos y protagonizando una de las capitulaciones más humillantes sufridas por los romanos en toda su historia.

El Senado romano escandalizado por estos hechos y en espera de dirimir responsabilidades se apresuró a enviar al otro cónsul de ese año, M. Emilio Lépido en sustitución de Mancino<sup>14</sup>. Lépido, que no deseaba permanecer

---

<sup>14</sup> El poder de Roma lo ejercían dos cónsules, supervisados por el Senado y al que tenían que rendir cuentas. Su magistratura duraba un año, las guerras de Hispania hicieron que se prorrogara su mandato un año más (en calidad de procónsules).

inactivo a la espera de lo que se decidiera en Roma, y deseoso de enriquecerse con la guerra, inició por su cuenta, en contra de las órdenes del Senado, una campaña contra los vacceos que se saldó con la derrota romana ante las murallas de Pallantia (actual Palenzuela) donde sufrió una pérdida de 6.000 hombres, lo que le costó ser destituido del mando y de la magistratura además de pagar una multa.

El relevo para el 136 a. C., estuvo a cargo del cónsul L. Furio Filo, que llevó a los numantinos, una vez más, la negativa del Senado de aceptar un tratado realizado por uno de sus generales, por lo que había decidido entregar a Mancino a los numantinos (que lo rechazaron indignados por el proceder de los romanos) y continuar la guerra. Furio Filo no se atrevió a repetir la derrota de Mancino, por lo que no se enfrentó a los numantinos, y a pesar de no haber logrado ningún tipo de victoria en la Península, un hijo suyo más adelante llegó a hacer acuñar monedas con un trofeo de armas ibéricas que no habían conseguido ni él ni su padre; su actuación fue tan mala que se le hizo regresar a Roma a pesar de no haber cumplido su segundo año de mandato en Hispania.

En 135 a. C., fue el cónsul Q. Calpurnio Pisón, destinado a la guerra de Numancia, quien con el recuerdo de lo sucedido a Mancino y al igual que su antecesor, como si Numancia representara un funesto maleficio, también decidió evitar la odiada ciudad, limitándose a una incursión de poca importancia en territorio de Pallantia devastando sus campos, y esto tan sólo para justificar su presencia en el territorio de la Citerior, que ya se había convertido en un destino peligroso, por lo que decidió pasar el resto de sus dos años de mandato en la Carpetania<sup>15</sup>.

### *La Península Ibérica bajo la tutela de los Escipiones*

Los Escipiones estaban vinculados a Hispania desde que habían luchado en ella contra los cartagineses en la Segunda Guerra Púnica. Publio Cornelio Escipión, el Mayor, cuyo padre y tío habían muerto en estas luchas que el

---

<sup>15</sup> El historiador del siglo sexto, Julio Obsequens, escribió en su extracto de ese año: «*Las cosas marcharon mal en Numancia y el ejército romano fue despedazado*». (Obsequens, 26). Schulten indica que Obsequens debió confundir vacceos con numantinos, porque la mejor fuente, Polibio-Apiano, solo conoce la guerra contra los vacceos.

También es posible que refiriéndose a esa época cualquier objetivo de la Citerior se asociara directamente con Numancia por llevar ligada a su nombre y a su fama las diferentes campañas contra los celtíberos (Termes no fue destruida en el 133 a. C., con Numancia; aun habría de protagonizar, junto con la ciudad de Colenda, un levantamiento de los celtíberos arevacos en 98 a. C., que se saldó con una derrota de éstos, por lo que sus habitantes fueron obligados a asentarse desde la parte alta de sus poblados a la llanura).

continuaría hasta lograr expulsar de la Península a los cartagineses, había conseguido no sólo una gran fortuna sino también fama, tanto entre los romanos como entre los hispanos, éstos veían en él todas las cualidades de un rey y su influencia sobre ellos era tal que un primo suyo, Escipión Nasica, fue nombrado como uno de sus patronos<sup>16</sup> para la Citerior (también lo fue para la Ulterior el progenitor de Emiliano, L. Emilio Paulo, a pesar de haber enriquecido al erario público romano a costa de esta provincia en sus accidentadas campañas entre los años 191 y 189 a. C.).

Los intereses personales de los Escipiones estaban muy ligados a los dominios romanos en la Península Ibérica y siempre que pudieron intentaron ejercer sobre ellos su mandato, bien por sí mismos o a través de sus simpatizantes<sup>17</sup>. En el 145 a. C., Emiliano ya había intentado que se prorrogara el mandato de su hermano en la Ulterior (ver nota 9); cinco años más tarde sus adversarios políticos lograron que se aprobara en el Senado la limitación del número de levadas anuales para perjudicar al cónsul de ese año destinado a la Hispania Ulterior, Q. Servilio Cepión, perteneciente al círculo de influencias de Escipión Emiliano, e incluso el tribuno Tiberio Claudio Aselo intentó impedir la marcha de efectivos militares a Hispania con Servilio<sup>18</sup>.

En 141 a. C., Escipión deseaba que fuera elegido cónsul (posiblemente para que pudiera dirigir la guerra de Numancia) uno de sus mejores amigos, C. Lelio, que ya había sido legado suyo en Africa durante su consulado de 147 a. C., por lo que preguntó a Q. Pompeyo, que entonces pertenecía a su grupo de amistades, si también él pensaba presentarse a aquellas elecciones, Pompeyo no sólo le aseguró que no se iba a presentar sino que además apoyaría a Lelio en su campaña electoral, pero de la misma forma que engañaría

<sup>16</sup> El patrono era un representante legal, que como en el caso de las exacciones y abusos de los magistrados romanos en las dos Hispanias, en el 171 a. C., se elegía por los nativos para defender sus causas ante los tribunales romanos, ya que los hispanos como extranjeros y no ciudadanos, no podían presentar personalmente la acusación.

<sup>17</sup> Catón, el Censor, fue un acérrimo enemigo de Escipión el Mayor. En un episodio dedicado a aquél por Plutarco en sus «vidas paralelas»: Catón, 11, del que también se hizo eco el biógrafo latino Cornelio Nepote, se refleja la animosidad que Escipión sentía también por él. Con motivo de los éxitos alcanzados por Catón en Hispania Citerior, Escipión decidió realizar una maniobra política para que Catón fuera cesado en aquella provincia y se la adjudicaran a él para ocuparse así de los asuntos de Hispania. Aunque en este suceso Plutarco confunde nombres y destinos por lo que la situación no fue real, el trasfondo sí lo era y pone de manifiesto la importancia, las intrigas y los intereses intrínsecos de los Escipiones conducidos a mantener su influencia en Hispania.

<sup>18</sup> Livio, Ox. Epit., 54. Escipión ya se había enfrentado a Claudio Aselo, uno de sus rivales políticos, cuando ejerciendo la censura en 142 a. C., intentó degradarlo a la clase de los *aerarii* para excluirlo de la carrera política, lo que no pudo lograr por la intervención de su colega L. Mummio. Ahora en 140 a. C., Claudio Aselo como tribuno de la plebe, no sólo quiso perjudicar a Servilio Cepión sino que también intentó vengarse de Escipión declarando la duración de su censura, del año 142 a. C., como *infaustum* (de mal agüero) al modificar el ritual del *suovetaurilium*.

a los numantinos con un acuerdo de paz que posteriormente negaría en el Senado, como ya se ha indicado anteriormente, también engañó a Escipión y a sus amigos perdiendo además su amistad y su favor pues en vez de apoyar a Lelio como había prometido, presentó su propia candidatura y ganó las elecciones de aquel año<sup>19</sup>.

En 136 a. C., Furio Filo, del que ya se ha tratado igualmente, podría deber su elección como cónsul, destinado a la guerra de Numancia, a su amigo Escipión pues entonces nadie era ajeno a la influencia y poder ejercido por las distintas facciones que se disputaban el control político en Roma.

### *Escipión elegido cónsul en 134 a. C.*

En esta tesitura el Senado estaría dividido entre los que estaban a favor de que Escipión fuera enviado a resolver la conflictiva guerra contra Numancia, igual que había hecho contra Cartago, y los que no deseaban que acaparase un predominio excesivo que fuera perjudicial para sus intereses. Finalmente se decidió que se le propusiera la magistratura consular, lo cual Escipión aceptó y para que pudiera ser elegido cónsul por segunda vez se tuvo que derogar de manera extraordinaria la ley una vez más<sup>20</sup>, de la misma forma el Senado le designó, sin sorteo, la Hispania Citerior.

Incomprensiblemente, el Senado que había facilitado medios y dinero para que otros cónsules poco competentes intentaran llevar a cabo su deber de imponer el poder de Roma en la Península Ibérica, puso, por el contrario, objeciones para la ejecución de la misión que iba a iniciar Escipión. Por una parte se le negaba el dinero en efectivo para la financiación de esta nueva cam-

<sup>19</sup> Plutarco, *Moralia*. Máximas de romanos, Escipión el Joven, 8. Cicerón, *De am.* XXI, 77.

<sup>20</sup> Apiano escribió que Escipión tenía menos edad de la establecida por la ley para acceder al consulado (*Iber.*, 84), sin embargo esta ley, así como el precepto que prohibía la reelección como cónsul de una misma persona en el espacio de diez años, no afectaba a Escipión pues ya contaba entonces con una edad de cincuenta años y habían transcurrido más de diez desde el último consulado. «M. Claudio Marcelo fue elegido cónsul por tercera vez, en el año 152 a.C., porque el Senado, ante el desastre de Q. Fulvio Nobilior, consideró necesario recurrir a una persona como él, de gran experiencia en la guerra. Para poder hacerlo fue necesario autorizar mediante ley su reelección, pese a no haber transcurrido el periodo necesario de diez años para poder ejercer la misma magistratura como imponía el plebiscito del año 342 a.C.: M. Claudio Marcelo había sido cónsul primeramente en el 166 a.C., y después igualmente en el 155 a.C. Todo parece inclinar a pensar que esta reelección fue posiblemente la que provocó la *lex de consulatu non iterando* del 151 a.C., probablemente un plebiscito, apoyado por M. Porcio Catón, que estableció que nadie pudiera ser reelegido para el consulado -cfr. Mommsen, I, pág. 521 nota 1; Rotondi, págs. 290-291-. Esta norma fue abrogada en el año 82 a.C., mediante la *lex Cornelia de magistratibus* -cfr. Mommsen, I, pág. 521; Rotonda, pág. 351-» (DEL CASTILLO, Arcadio. *Lucentum*, XI-XIII, 1992-94, págs. 125-126).

pañía, concediéndole tan sólo los ingresos de unos impuestos cuyo plazo aún no había vencido por lo que no daba tiempo para cobrarlos antes de que partiera hacia Hispania, por otra parte se impedía una nueva leva entre los ciudadanos romanos; alegaba el Senado la imposibilidad de alistar un nuevo ejército debido a otras guerras que mantenía en esos momentos por lo que no deseaba ver su propio territorio despoblado y que además ya había muchos hombres disponibles en Hispania, a pesar de que una de las concesiones que había aprobado el Senado a consecuencia de las guerras celtíberas era el licenciamiento tras seis años de servicio y los soldados acantonados en territorio hispano no habían sido relevados aún siendo que ya había vencido este plazo<sup>21</sup>.

Escipión, a pesar de que fue elegido cónsul no se había presentado para esta magistratura sino para la de edil<sup>22</sup>, exactamente igual que en su primer consulado, y como ya había sucedido cuando se presentó voluntario para la guerra contra los celtíberos en 151 a.C., no era casualidad que diese la impresión de ser el hombre indispensable en el momento oportuno, aparentando además desinterés personal y por las ambiciones de Estado, algo que contrastaba con su intensa actividad política por lo que, posiblemente, y debido al impedimento legal de la reelección consular podría haber ejercido presión, a través de otros, sobre la decisión del Senado en su elección gracias a sus influencias entre la facción belicista que lo apoyaba, las clientelas asociadas a su familia, su círculo político más cercano y la *popularitas* que había alcanzado entre el pueblo romano, lo que explicaría el proceder displicente y la actitud poco colaboradora del propio Senado, aunque sin descartar esta posibilidad y sin entrar en contradicción con ésta, también es posible que las maquinaciones de sus rivales políticos encaminadas a hacerle fracasar dieran como resultado los reparos senatoriales a los que tenía que enfrentarse.

A los inconvenientes interpuestos por el Senado en cuestión de financiación, Escipión replicó que no necesitaba dinero pues el suyo y el de sus amigos le bastaba, pero en lo relativo a la prohibición de una leva de nuevos soldados romanos, y habiendo sido informado de la calidad y la moral de los restos del ejército que le dejaban los cónsules que le habían precedido, les censuró que no se los facilitasen pues esta guerra era difícil: *si por la valentía de los enemigos habían sido vencidos tantas veces, era difícil por ser contra tales hombres, pero si habían sido vencidos por la cobardía de los ciudadanos, entonces lo era por ir con tales hombres.*

Escipión sólo pudo conseguir que el Senado le concediera permiso para llevarse a algunos voluntarios enviados por otras ciudades y reyes con los

<sup>21</sup> Apiano, Iber., 84. Plutarco, Moralia. Máximas de romanos, Escipión el Joven, 15.

<sup>22</sup> Val. Max. VIII, 15, 4. Cicerón, Rep., VI, 11.



que le unía una relación personal así como a quinientos clientes y amigos de Roma, a estos últimos los reunió en una compañía a la que llamó *cohors amicorum*, todos ellos sumaban un total de 4.000 hombres<sup>23</sup>.

### *Medidas disciplinarias de Escipión en Hispania*

Polibio, el militar e historiador de origen griego coetáneo de estos hechos, amigo y panegirista de los Escipiones y en particular de Emiliano, del que además había sido preceptor y al que ya había seguido en sus expediciones bélicas en Hispania, cuando Emiliano militó a las órdenes de Licinio Lúculo, y en Africa; conocía bien la naturaleza de las guerras peninsulares y al escribir sobre la que habían llevado a cabo los romanos contra los celtíberos la denominó «guerra de fuego» no sólo por sus características y lo ininterrumpido de sus encuentros sino también, como explica el mismo autor, porque las guerras que se hacían en Grecia y en Asia se resolvían generalmente en una sola batalla, o rara vez en dos, e incluso éstas se decidían en un solo momento cuando se producía el choque inicial, en esta otra, por el contrario, las batallas en su mayoría las finalizaba la noche. Polibio describió igualmente la idiosincrasia de estos hombres en la batalla destacando su capacidad de resistencia que no cedía a la fatiga y que en cuanto se retiraban, como arrepentidos, volvían de nuevo a la lucha<sup>24</sup>, y apenas el invierno interrumpía las innumerables confrontaciones<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> Esta *cohors amicorum*, como indica Schulten podría haber sido una adaptación del regimiento real de los reyes macedónicos que Escipión habría conocido cuando participó en la campaña contra Perseo, pero no como un antecedente directo de la cohorte pretoriana como asegura, sino que se debería más bien a Escipión el Mayor pues el compilador y gramático latino Sexto Pompeyo Festo (Festo 249 L), decía que el término cohorte pretoria se debía a que dicha cohorte no se separaba del pretor y que Escipión el Africano fue el primero que seleccionó a los más valientes para que nunca se separaran de él, con exención de cualquier otro servicio.

Además Escipión se hizo rodear por sus familiares más allegados, a su sobrino Fabio Buteo, que era su cuestor, lo puso al frente de la *cohors amicorum*; a su hermano, Q. Fabio Máximo Emiliano, le nombró legado y su cuñado, Cayo Sempronio Graco, también estuvo presente, tal vez como uno de los tribunos militares como lo eran Sempronio Aselio y P. Rutilio Rufo.

<sup>24</sup> Justino, el historiador y epitomista de Pompeyo Trogo (algo posterior a Polibio), también describió, el temperamento de los hispanos en la guerra (XLIV, 2): «*El cuerpo de sus hombres está preparado para el hambre y la fatiga y su espíritu para la muerte. Prefieren la guerra a la inactividad y, si les falta un enemigo fuera, lo buscan en su propia tierra.*» Plinio (Historia Natural, XXXVII, 203), ensalza igualmente la resistencia física de los hispanos y la vehemencia de su corazón.

<sup>25</sup> Polibio, XXXV, 1. Diodoro, XXXI, 40. Sobre las guerras celtíberas que escribió Polibio, como una parte del compendio general de narraciones de carácter histórico (ya que al parecer escribió también una monografía sobre la historia de Numancia que no se ha conservado), en su obra «Historias», apenas se conservan unos fragmentos, el relato más completo, aunque resumido, de estas guerras se debe a Apiano, que se basa a su vez en Polibio, bien directamente o empleando también otras fuentes.

Este era el tipo de guerra al que tenía que enfrentarse Escipión Emiliano, y precisamente porque no le era desconocida pues ya la había vivido anteriormente, sabía que el enemigo estaba muy motivado, sobre todo por las victorias sobre sus predecesores, mientras que conocía perfectamente el estado de ánimo del ejército romano de la Citerior del que ahora tenía que hacerse cargo por lo que, posiblemente, desde un principio podría haber tomado la decisión de sitiar Numancia como ya hiciera con Cartago. Para ello, y siguiendo las mismas pautas que en la guerra de Africa, se dispuso a fortalecer la disciplina como condición indispensable para garantizar el éxito que precisaba puesto que ya había empeñado la palabra ante el Senado, su fortuna y la ayuda y dinero de sus amigos y aliados.

Escipión decidió partir hacia Hispania adelantándose al resto de la expedición, quizás con la intención de evitar, al menos en una primera impresión, que los nuevos refuerzos se desmoralizaran viendo el estado de postración e indisciplina del ejército allí acantonado. Al llegar al campamento, tal y como le habían informado, lo encontró lleno de desorden, libertinaje, superstición y molicie; inmediatamente expulsó a todos los mercaderes, cantineros y prostitutas así como a los adivinos y magos, prohibió además los sacrificios adivinatorios; de igual manera mandó sacar fuera todo lo superfluo y los utensilios que no fueran estrictamente necesarios; sus disposiciones afectaban incluso a las comodidades que hasta entonces habían disfrutado los soldados en el baño y en las comidas, para elaborar éstas tan sólo permitió que cada uno pudiera llevar un asador, una olla y un vaso de arcilla; los mandos, que eran los poseedores de objetos de lujo, no sólo porque se lo permitía su posición sino porque tal ostentación era además una identificación irrenunciable de su categoría social también se vieron afectados por estas medidas pues se restringió todo lo suntuoso, y de manera excepcional como artículo de lujo, sólo se consintió llevar a cada uno, si lo deseaba, un vaso de plata de un peso no superior a dos libras. Cuenta una anécdota que cuando Escipión sorprendió al tribuno Cayo Memmio, que había desoído sus órdenes, llevando en su equipaje varios psykteras (recipientes para refrescar el vino) adornados con pedrería, y copas de Tericles, le dijo: «*Para mí durante poco tiempo pero para ti y para la República siempre serás de poca utilidad.*»<sup>26</sup>.

Se proscribió el uso de camas y él fue el primero en dar ejemplo no utilizando para dormir otra cosa que un lecho de paja y así mismo aconsejó

---

<sup>26</sup> La anécdota relatada en las obras atribuidas a Plutarco y a Frontino tienen una diferencia sólo de matiz, al igual que sucede con otras que se conservan de diferentes autores clásicos que tratan sobre las medidas adoptadas por Escipión para restablecer la disciplina y que en definitiva serían distintas versiones de los mismos hechos. El tribuno Cayo Memmio, llegó a ser tribuno de la plebe en 112 a. C., y pretor en 104 a. C.

a sus soldados vestir una capa gala siendo él también el primero en ceñirse esta prenda de color negro, al verlo sus oficiales les decía que se ponía de luto por el estado en que se encontraba el ejército<sup>27</sup>; ordenó además que se vendieran todos los carros, bagajes y animales de carga, salvo los que consideró imprescindibles, prohibiendo, igualmente, que nadie se subiera a los mismos pues opinaba que no se podía esperar nada bueno en la batalla de quien era incapaz de ir a pie. Dispuso que la comida, que se hacía de pie, debía consistir en alimentos crudos (es decir, una comida sobria sin aderezos ni salsas, el propio Escipión acostumbraba a comer pan sobre la marcha en compañía de sus amigos) y que cenaran recostados pan, polenta o carne asada o hervida. Las marchas se hacían siempre en formación de cuadro y a nadie le era permitido abandonar su lugar asignado ni separarse de la columna, como sucedía antes, y al que era sorprendido fuera de las filas se le azotaba con el bastón de vid, si era romano, y con varas si era extranjero<sup>28</sup>; todo se hacía bajo la supervisión del cónsul que recorría las líneas de marcha presentándose habitualmente en la retaguardia, haciendo montar a los soldados enfermos en los caballos en lugar de los jinetes y repartiendo entre los de a pie las cargas excesivas para las acémilas.

Escipión les imponía un ejercicio constante en el que tenían que realizar frecuentemente estas marchas para que se acostumbrasen a soportar el frío, la lluvia y a vadear a pie los ríos, debiendo llevar provisiones para treinta días y cargar, además, con siete estacas cada uno para hacer las empalizadas y defensas del campamento, que se hacía a diario en lugares distintos, excavando para ello fosos y grandes terraplenes, que luego tenían que destruir, demoliendo éstos y rellenando aquéllos, y cuando había que levantar un nuevo campamento se turnaban en las tareas de defensa mientras los demás montaban las tiendas y se afanaban en su construcción; Escipión personalmente lo inspeccionaba todo de la mañana a la noche y para todos el tiempo era medido y fijado.

---

<sup>27</sup> A raíz de las guerras celtíberas, la distancia desde Roma del campo de operaciones obligó a trasladar el inicio del año romano del quince de Marzo a nuestro actual uno de Enero (coincidiendo con el nombramiento del cónsul Q. Fulvio Nobilior en 153 a. C.) para dar tiempo al traslado y preparación de las campañas que hasta entonces sólo se realizaban durante el corto periodo de la época estival, por lo que los soldados debían estar preparados para el frío, sobre todo si la campaña se tenía que prolongar y se veían obligados a invernar en la Península. La capa gala que usaba Escipión se trataría posiblemente del «sagum» celtibérico, una especie de manto doble y grueso de piel, caracterizado por su color negro (Apiano, *Ibe.*, 42). Los veteranos de estas guerras habrían relatado en Roma sus padecimientos por el frío durante el invierno en la Meseta. Catón incluso describe el viento de la zona: «*El viento cierzo te llena la boca cuando hablas y es capaz de derribar a un hombre armado y una carreta con su carga.*» (Aulo Gell., II, 22, 28-29).

<sup>28</sup> Con el tiempo el bastón de vid, con el que se castigaba a los soldados, se convertiría en el símbolo de autoridad de los centuriones.

También les inculcó el respeto y temor, mostrándose de difícil acceso y siendo moderado cuando se trataba de conceder gracias, especialmente con las irreglamentarias; opinaba igual que su padre, Emilio Paulo, al decir que los generales severos y estrictos eran de provecho a los amigos mientras que los fáciles y benévolos lo eran para los enemigos, y aunque reprochaba la actitud de los soldados medrosos y perezosos prefería, cuando era posible, corregirles ejercitándolos más que castigándolos, por esta razón no deseaba dejarlos descansar para que endurecieran su carácter y que recobraran el sentido de la disciplina mediante el trabajo duro, y tampoco desaprovechaba la ocasión para espolearles en su autoestima, posiblemente con la finalidad de que reflexionaran sobre las circunstancias que les habían llevado a aquella situación buscando la reacción que necesitaban para que se revelaran contra sus fracasos anteriores; de este modo, a un soldado que manejaba el escudo con poca habilidad le decía que llevaba un escudo mayor de lo estipulado pero que no le reprendía por ello ya que manejaba el escudo mejor que la espada; a otro que mostraba un escudo bien adornado le decía que más convenía a un romano tener puestas sus esperanzas en su diestra y no en su izquierda; al que caminaba con dificultad bajo el peso de las estacas de la empalizada, le decía que cuando hubiera aprendido a protegerse con la espada dejaría de cargar con las estacas; o a los que trabajaban cavando fosos también les decía que debían de ensuciarse de lodo los que no habían querido hacerlo con la sangre de los enemigos.

Habiendo hecho todo lo que estaba en su mano para corregir a aquellos soldados, se trasladó con su ejército cerca de Numancia y en previsión de sufrir algún revés que acrecentase la confianza de los numantinos y afectara la moral de los suyos, decidió prescindir de avanzadillas en puestos fortificados para no dividir sus fuerzas innecesariamente ni tampoco intentó tomar la iniciativa de un ataque. Una vez establecido un campamento que garantizase la seguridad de sus soldados y como base de operaciones, decidió devastar los campos de los que podrían abastecerse los numantinos y dejando, ahora sí, una parte de su ejército en el campamento se dirigió después a la región de los vacceos, segando y aprovisionándose de todo lo que pudo y quemando lo sobrante; con esto no sólo hacía suyo el principio de Catón, que en su campaña en Hispania, a costa del fértil territorio enemigo, había enviado de vuelta a Roma a los abastecedores de trigo con la frase: «*la guerra se alimentará a sí misma*», sino que además evitaba que los numantinos pudieran proveerse del trigo de sus habituales aliados.

El hecho de haber tomado precauciones en todo momento para evitar ser atacado por los numantinos, hasta el punto de elegir el camino más largo en

vez de tomar el más corto, para el desarrollo de sus operaciones, en contra de lo que le aconsejaban sus oficiales, tal vez, no supondría para ellos la actitud más digna de la majestad de Roma, por lo que Escipión les explicaba que no se debía entrar en batalla cerrada con el enemigo si no era por extrema necesidad o si las circunstancias eran muy favorables; y otras frases de este estilo recordándoles las enseñanzas de Emilio Paulo<sup>29</sup>. Se dice que, en una ocasión, Escipión replicó a unos que le consideraban falto de agresividad con estas palabras: «*Mi madre no parió un guerrero sino un general.*»

Cerca de Pallantia<sup>30</sup>, una de las plazas fuertes de los vacceos, en una llanura llamada Coplanio los pallantinos intentaron atraer a los romanos a una emboscada, atacando a los que segaban el trigo; Escipión ordenó al tribuno Rutilio Rufo que se limitara a rechazar a los atacantes con efectivos de caballería sin aventurarse hasta los montes pero Rufo al ver que rehuían el enfrentamiento y se retiraban los persiguió hasta una colina tras la cual se hallaba apostado un gran número de enemigos, al llegar allí y darse cuenta de la trampa ordenó detener la persecución y resistir el ataque; Escipión que había visto como su tribuno se adentraba más de lo necesario acudió allí rápidamente para ver confirmado sus temores y gracias a sus instrucciones se pudo rechazar a los atacantes al tiempo que se efectuaba una retirada escalonada por lo que llevó a los jinetes hasta la llanura sin sufrir pérdidas. Posteriormente, mientras se retiraba de tierras pallantinas llegó cerca de un río de difícil paso y fangoso que se interponía en su ruta, en cuyas proximidades los enemigos le habían dispuesto una celada, pero apercibiéndolo Escipión prefirió ser cauto y desviándose por una ruta más larga pero segura, se adentró por unas tierras desérticas sin agua, ya en pleno verano, por lo que se vio obligado a realizar las marchas durante la noche a causa del calor y la sed por cuya causa tenían que cavar pozos de los que sólo se obtenía agua amarga, alcanzando finalmente el río Duero. Tras atravesar las tierras de los caucenses, les hizo saber que podían volver sin temor a sus hogares para dirigirse después a territorio numantino donde pensaba invernar, allí se le unió Yugurta, nieto del rey númida Masinissa, que desde África había traído refuerzos que consistían en arqueros honderos, caballería y doce elefantes de guerra.

Escipión, al contar ya con todos sus efectivos, se dedicó a completar el trabajo de devastación en torno a Numancia. Sin embargo, al estar constantemente ocupado en esta labor, al parecer sin ser molestado por el enemigo, se confió en exceso y en una ocasión en la que había dividido sus fuerzas,

---

<sup>29</sup> Tampoco debía olvidar Escipión que había sido precisamente en Hispania donde su padre había sufrido una gran derrota en una batalla contra los lusitanos en Bastetania, perdiendo 6.000 hombres, si bien enmendó esta derrota con creces al año siguiente.

<sup>30</sup> Palenzuela, ya mencionada, y no la Pallantia (actual Palencia) del Itinerario de Antonino.

cuando la mayor parte de sus soldados se hallaban saqueando el interior de un poblado mientras el resto, en menor número, estaba en el exterior, no advirtió que los numantinos, no lejos, estaban ocultos y al acecho esperando aquel momento propicio y se lanzaron al ataque. Escipión, que se encontraba junto a las insignias en el exterior del poblado, al percatarse de su error dio la alarma a los soldados del poblado y antes de reunir a mil de ellos se apresuró a acudir en auxilio de los que estaban huyendo ante los atacantes y cuando salió el grueso del ejército en su apoyo puso en fuga a los enemigos.

Tal vez intuyó Escipión que la retirada de los numantinos podría haberse tratado de una táctica para tenderles una trampa al intentar ir tras ellos o no quiso convertir la ligera victoria conseguida en una nueva derrota de los romanos ante los numantinos, pues el historiador Apiano (Iber., 89) continúa el relato de este suceso diciendo que Escipión decidió no perseguir a los que huían y se retiró dentro de la empalizada con pocas bajas por ambas partes.

Apiano, que extracta en gran parte a Polibio que fue coetáneo de estos hechos, no menciona ningún otro encuentro con los numantinos antes del inicio de las obras de sitio. Los historiadores latinos que trataron este tema mencionan también una «batalla» antes de las obras de asedio a Numancia que coincide con el incidente del poblado relatado por Apiano y que posiblemente se refieren al mismo hecho. Concretamente Orosio (V, 7, 5-6) escribió: *«Y a pesar de haber transcurrido parte del verano y todo el invierno sin intentar siquiera una batalla, adelantó muy poco con este procedimiento. Pues cuando llegó el momento de la batalla, el ejército romano abrumado por el ímpetu de los numantinos dio las espaldas al enemigo.»* En este punto, coincidiendo con Frontino (Estratagemas, II, 8, 7), la intervención de Escipión resulta decisiva para salvar a los romanos del desastre: *«pero enojados por las increpaciones y amenazas del cónsul, que con sus propias manos los contenía, el ejército volvió por fin contra el enemigo y obligó a huir a aquél del que antes huía. Difícilmente se podía creer lo que se cuenta: los romanos pusieron en fuga a los numantinos y los vieron huir.»* Con el mismo triunfalismo narró Plutarco la actuación de Escipión (Moralia, Máximas de romanos, Escipión el Joven., 20 - 21), y Floro (I, 34, 11) escribió al respecto: *«Se dice, con razón que el ejército vale lo que el general. Vueltos así a la disciplina los soldados, se libró la batalla y sucedió lo que nadie esperaba ver alguna vez, que los numantinos huyesen.»*<sup>31</sup>.

<sup>31</sup> Es posible que los romanos, con posterioridad a esta guerra, conscientes de que los numantinos fueron vencidos finalmente por el asedio cuando no rehuían el enfrentamiento en campo abierto que era donde mejor se daban las condiciones de lucha de los romanos y porque aquellos hombres habían vencido a sus ejércitos en inferioridad numérica en tantas ocasiones, no deseaban verlos derrotados únicamente por el hambre por lo que magnificarían la única oportunidad de

*El fracaso de la disciplina de Escipión en Numancia*

Si los historiadores latinos exaltaron la obra de Escipión y las medidas impuestas a sus soldados como una gran victoria sobre el caos y el desorden de su ejército y paradigma de la civilización romana contra la barbarie de los numantinos, la historiografía actual, si bien no coincide con el concepto del vencedor sobre la idea de civilización y barbarie, comete sin embargo el error al convenir con ellos en que sólo la disciplina constituyó el hecho decisivo y el único elemento determinante con el que se podía vencer a la indómita ciudad, aunque al analizar aquellos acontecimientos se podría barajar una posibilidad diferente:

Escipión desde un principio había preparado a sus soldados para las obras de asedio; se había aprovisionado a costa de los enemigos y sus aliados, destruyendo todo lo que no pudiera llevarse o le fuera útil para el enemigo, para que tuvieran que depender de sí mismos disminuyendo las posibilidades de ayuda mutua, aislando así a los numantinos y haciendo peligrar su subsistencia cuando los romanos hubieran terminado las obras de sitio y no contasen aquéllos con reservas de grano; había evitado mermar su ejército luchando contra las plazas fuertes de los vacceos así como cualquier tipo de enfrentamiento voluntariamente, ya fuera contra Pallantia, los diferentes intentos de emboscadas en los que no lanzó ningún ataque generalizado ni expediciones de castigo, ni tampoco atacó Cauca, y es que iba a necesitar al ejército con sus efectivos al completo para una vez ultimado el cerco a Numancia, disponer de sus soldados para apostarlos en las murallas de asedio y vigilar cualquier movimiento de los numantinos, todo esto siempre desde una posición defensiva ventajosa.

Sin embargo, Escipión no había tenido en cuenta a sus propios hombres; no había licenciado a aquellos que les correspondía; no tenían un aliciente personal pues ellos eran los que menos podían ganar con la guerra; habían realizado arduos trabajos tanto como entrenamiento como en la siega de los campos; tuvieron que sufrir las penalidades, el hambre, la sed y el calor debido a las altas temperaturas del verano cargando con las provisiones y el equipo por tierras desérticas para evitar al enemigo y en las que perdieron parte de las bestias de carga, ya de por sí escasas, por falta de agua y aún ellos mismos se salvaron con extrema dificultad; no habían atacado ninguna ciudad importante al no estar entre los objetivos del cónsul por lo que tampoco tenían el incentivo de un buen botín; tampoco confiarían en su general

---

lucha que tuvieron ante Escipión en lo que fue tan sólo una escaramuza en la que el propio cónsul no quiso arriesgar más y con un resultado en bajas igualado, convirtiendo el incidente en una batalla decisiva, así salvaban de alguna manera la reputación militar de sus ejércitos.

pues verían en él a alguien más interesado en hacerse con la fama de ser el que habría de destruir Numancia, con los consiguientes beneficios políticos que le reportaría, que en conseguir una gran fortuna de la que al menos a ellos les podría corresponder una pequeña parte, sabían que lo que más apreciaba era su propio renombre y su éxito personal por encima de todo<sup>32</sup>. En la campaña de Numancia, al contrario que en otras campañas victoriosas de los romanos, las fuentes clásicas no registran ni una sola palabra de celebración por parte de los propios soldados ni ningún elogio hacia su general.

Escipión tampoco debía confiar mucho en sus soldados, tenía la certeza de que sólo obtendría el triunfo sobre Numancia si la rendía sometiénola a un bloqueo, por lo que no deseaba ningún tipo de enfrentamiento con el enemigo con el que pudiera sufrir algún contratiempo fortuito que desluciese su victoria total; con el tiempo del que había dispuesto había hecho lo posible por adiestrarlos e infundirles ánimo y deseos de revancha, incluso los principios de disciplina que había puesto en práctica llegarían a crear escuela<sup>33</sup>, pero es posible que no estuviera muy seguro de haber logrado estos objetivos, de hecho sus temores se vieron confirmados con el ataque de los numantinos al poblado; si no hubiera sido por las amenazas que había dirigido a sus soldados en retirada, éstos incluso furiosos con él, no se habrían vuelto para luchar con sus enemigos. Orosio (V, 7, 7), intentó dar una impresión más optimista de aquellos hechos, escribiendo que Escipión se había alegrado de los resultados (a pesar de que no se hubiera perseguido a los numantinos), pero la satisfacción del cónsul no debía ser tan plena cuando el propio Orosio añade a continuación refiriéndose a Escipión: «*confesó, sin embargo, que no podía atreverse a presentar batalla contra ellos por propia iniciativa.*»<sup>34</sup>

El invicto cónsul aunque no había sido derrotado tampoco había conseguido la efectividad esperada; todo el trabajo realizado, todo el tiempo invertido, todos los esfuerzos habían sido en vano, en el momento decisivo

<sup>32</sup> Cicerón (Tusculanas, II, 26, 62; Ad. Quint. Frat., I, 1, 23) escribió que Escipión nunca se separaba de una de sus obras favoritas, la Ciropedia de Jenofonte, y que apreciaba en particular uno de los principios que Cambises había inculcado a su hijo Ciro al afirmar «*que las mismas fatigas no afectan por igual al que manda y a un soldado raso, aunque sus cuerpos sean semejantes, sino que al que manda su afán de gloria le hace más llevaderas las fatigas así como el hecho de saber que no pasa inadvertido lo que haga.*»

<sup>33</sup> Los autores clásicos ensalzaron la disciplina impuesta por Escipión. Uno de sus subalternos, que sirvió con él en esta guerra y recibió sus mejores elogios, Cayo Mario, que tanto protagonismo tendría en el futuro, incorporaría, en las reformas militares que con el tiempo llevarían su nombre, las bases de la disciplina impuesta por Escipión, e incluso más adelante el emperador Adriano retomaría estas mismas medidas en una época en la que la disciplina militar se había relajado (Hist. Aug. Adriano, X, 2-3).

<sup>34</sup> De hecho, cuando poco después estableció dos campamentos cerca de Numancia para iniciar el asedio y los numantinos salían de su ciudad en orden de combate provocándole a entablar batalla, consecuente con sus principios no les hacía ningún caso prefiriendo rendirlos por hambre.



toda la disciplina impuesta a sus soldados no sirvió para que se revolvieran contra el enemigo desde el primer momento y por iniciativa propia, por lo que debió sentirse fracasado en su empeño y su sentimiento de frustración y desengaño fue de tal índole que los veinte o veinticinco mil hombres de los que disponía debieron parecerle pocos para someter a los tan sólo 4.000 numantinos, pues es sólo entonces cuando decide enviar cartas demandando refuerzos<sup>35</sup>; desconocemos en qué términos exigió más que pidió la ayuda que precisaba pero su petición debió ser tan apremiante que llegó a reunir tal contingente que sumado a su ejército llegarían a totalizar 60.000 hombres.

Cuando dispuso de aquel refuerzo, que suponía un heterogéneo Babel de soldados de muy diversos pueblos, circunvaló la ciudad con doble foso y un muro de 8 pies de ancho (2,4 m) y 10 de alto (3 m), sin contar las almenas, que estaban aprovisionadas con toda clase de armas arrojadas, y erigió torres artilladas cada pletro (31m), estableció además un sistema de alarma mediante trapos de color rojo sobre lanzas largas durante el día y con fogatas de noche para que se hicieran ver desde cualquier punto del perímetro en caso de ataque, incluso tendió entre ambas orillas del río un dispositivo con vigas de madera que llevaban incrustadas hierros agudos y dardos clavados para impedir que nadie entrara o saliera aprovechando el cauce fluvial; después dividió este refuerzo entre sus propios soldados e intercalo saeteros y honderos no sólo entre las cohortes sino también entre las centurias, ya que había optado por mantener al enemigo a distancia.

No obstante, durante las obras de sitio, Escipión, al contrario de otros generales, en previsión de cualquier incidencia había preparado y dispuesto a sus soldados para que mientras una parte de éstos trabajaba, otra se situase delante de ellos y estuvieran vigilantes ante cualquier ataque sorpresivo (Apiano, Iber., 89), hecho que quizás añadido al relativamente escaso número de defensores enemigos que quedaban en esta última fase de la guerra de Numancia, y que ya no contaban con el factor sorpresa en las salidas repentinas, como sucedió contra Pompeyo en 141 a. C., cuando les intentaba inundar sus campos construyendo un canal, hicieron a los numantinos ser más cautelosos y se limitaron al principio a salir de sus murallas a intentar provocar la lucha; sin embargo, al ver el ingente número de fuerzas que se habían congregado a instancias de Escipión para rendir su ciudad y conscientes de que estaban en una excesiva inferioridad de condiciones, es posible que hubieran puesto en práctica una táctica conocida en la Antigüedad<sup>36</sup>,

<sup>35</sup> Apiano, Iber., 90. Posiblemente estas ayudas de forma mayoritaria, sino exclusivamente, procederían de los aliados hispanos a los que se indicaba lo que debían enviar. Frontón, Epistolario: «Acudían a la guerra hombres llamados de todas los pueblos de Hispania.»

<sup>36</sup> Polieno, Estratagemas, II, 1, 22 y II, 2, 5.

que consistía en este caso, en aprovechar el propio cerco en su favor pues entorpecería a los romanos evitando que los rodearan en caso de lanzar un ataque a la parte más débil o aún sin concluir de la empalizada para hostigar a los romanos desde el exterior, donde al parecer no habían dispuesto defensas o ir en busca de ayuda entre sus antiguos aliados demostrándoles que los romanos no eran invencibles y que podían burlar en gran número el bloqueo. En cualquier caso, si lo intentaron de esta manera, no debieron tener éxito pues es a partir de la terminación del circuito amurallado cuando los numantinos lanzan sus ataques ya de forma desesperada. Apiano (Iber., 93) describe de esta manera esas arremetidas: «*Los numantinos atacaban con frecuencia a los que guarnecían la muralla, cada vez por distinta parte. Pero cuando esto sucedía, rápidamente aparecía el terrible aparato preparado para la defensa; se izaban las señales desde todos los lugares, los mensajeros corrían de un lado a otro, los que guarnecían la muralla saltaban al punto a sus puestos, las trompetas sonaban desde todas las torres. Todo el recinto de cincuenta estadios (9.205 m) de perímetro, adquiría un formidable aspecto.*» Escipión incluso prohibió que se matase a los que ocasionalmente salían de la ciudad a forrajear diciendo que cuantos más fuesen más rápidamente agotarían sus provisiones.

Hallándose los numantinos en esta situación, uno de ellos, Retógenes, apodado Caráunio, de probado valor, optó por una solución extrema y junto con cinco amigos y otros tantos sirvientes, aprovechando una noche neblinosa llegaron hasta la muralla, mataron a los centinelas y utilizando una escala plegada que llevaban hicieron trepar a sus correspondientes caballos y salieron en busca de ayuda entre las demás ciudades arevacas. Tan escasa embajada sólo recibió negativas ante el temor a las represalias romanas y el rechazo, salvo la juventud de Lutia, cuyos mayores avisaron en secreto a Escipión que una vez informado se presentó rápidamente en la ciudad y como al exigir que le fueran entregados los cabecillas le dieron la excusa de que ya habían escapado, amenazó con saquear la ciudad si no cumplían sus órdenes por lo que tuvieron que entregar hasta cuatrocientos jóvenes a los que cortó las manos y con la misma celeridad regresó a Numancia.

Cuando la situación de los numantinos, agobiados por el hambre, se hizo insostenible y enviaron parlamentarios para proponer a Escipión unas condiciones de rendición soportables, el cónsul que conocía la situación interna de la ciudad a través de los prisioneros y que tampoco deseaba darles la oportunidad de morir como hombres en batalla como ya le habían propuesto, sólo aceptó concederles la rendición incondicional (consultar final de la nota 9), entonces Numancia quedó sentenciada; debido a su sentido de la libertad y su carácter, los numantinos no quisieron resignarse a aceptar una

sumisión como la que se les proponía y decidieron resistir hasta el límite de sus fuerzas en su ciudad, abandonada a su suerte sin ningún tipo de auxilio y donde no les faltó ninguna clase de calamidades llegando incluso al canibalismo, poco tiempo después cuando se impuso la realidad, Numancia finalmente cayó; de los que aún quedaban vivos, unos decidieron entregarse mientras que otros optaron por el suicidio, Escipión completó su ruina destruyéndola por completo; se reservó cincuenta prisioneros para su desfile triunfal y vendió el resto de los supervivientes.

La victoria situó a Escipión en el cenit de su carrera, pero esta etapa floreciente de su vida iba a durar poco. Dos años después de esta guerra, una rebelión liderada por Aristónico que pretendía el trono de Pérgamo en Asia, alcanzó proporciones considerables por lo que se tenía que proceder por sorteo a cual de los dos cónsules de aquel año le correspondería encargarse de la campaña, sin embargo se dio el caso de que uno de los aspirantes, L. Valerio Flaco, ejercía además como sacerdote de Marte mientras que el otro, P. Licinio Craso Muciano, también ostentaba la función de Pontífice Máximo, y este último con el poder que le daba su cargo amenazó a su colega con sancionarle si abandonaba las obligaciones de su culto; ya que el pueblo romano tampoco deseaba que Valerio Flaco abandonara sus obligaciones como flamen Martialis y para que Muciano no acaparase las prerrogativas y se asignase él mismo aquel destino sin que el Senado, como era su derecho, votase esa elección, se procedió a otra alternativa que resultara ecuaníme por lo que se propuso a Escipión, que no era cónsul pero sí el militar más capacitado en aquel momento, para que liderase la guerra. Se procedió entonces a la votación de las treinta y cinco tribus del pueblo romano para resolver la cuestión, pero tan sólo dos le votaron a él. Escipión había perdido el favor popular al oponerse a las reformas agrarias de los Graco y el pueblo romano no se lo perdonó<sup>37</sup>, el resultado de las votaciones suponían la humillación más grande de su carrera pero eso no fue todo, su esposa Sempronia (hermana de Tiberio, que murió por defender las reformas, y de Cayo, que sirvió con Escipión en Numancia) influenciada quizás por su madre, acérrima partidaria de las ideas políticas defendidas por sus hijos, deseaba el divorcio alegando que ni amaba a su esposo ni era amada por él, por ser deforme y estéril<sup>38</sup>.

Numancia supuso para Escipión el último momento de gloria personal, no se había enriquecido ni con la toma de la importante ciudad-estado de Cartago, ni mucho menos con la ínfima e insignificante ciudad celtíbera

<sup>37</sup> Cicerón, *Filípicas*, XI, 18.

<sup>38</sup> Apiano, *Guerra Civiles*, I, 20.

que había sufrido además un enorme desgaste tanto en lo material como en su población resistiendo a tantas campañas militares hasta el punto que el historiador clásico Floro afirmó que sobre ella *Roma sólo triunfo de un nombre*; y eso fue precisamente de lo único que se benefició Escipión, para él suficiente pues, como ya se ha dicho, valoraba más el triunfo, sobre todo donde otros habían fracasado, que los beneficios materiales (de hecho tan sólo pudo repartir entre sus hombre la escasa cantidad de siete denarios a cada soldado, muy poco comparado con los cien denarios por soldado dados por su padre Emilio Paulo con motivo de su victoria sobre Perseo), y por esta obsesión había destruido Numancia sin el consentimiento del Senado, pues como escribió Apiano lo había hecho tal vez por descargar su furia sobre los vencidos, pero más probablemente como también apuntó como posibilidad este historiador, porque «*una gloria excelsa se basaba sobre los grandes desastres.*»

Paradójicamente Escipión, que tanto había hecho por encumbrar el nombre de los Escipiones y de los Emilios, no tuvo a nadie, de su propia progenie, a quien legarlos, ni tan siquiera por la *adoptio* pues había sido el primero en denunciar, siendo censor, los privilegios que gozaban los que adoptaban hijos con respecto a los que tenían el mérito de procrearlos<sup>39</sup>.

Escipión apareció muerto en extrañas circunstancias en su propia cama (129 a. C.) conjeturándose como la causa más probable el asesinato político por oponerse a las reformas de los Graco. El nombre de Numancia siempre irá ligado al de Publio Cornelio Escipión Emiliano. Fue su capacidad de organización, su cautela, el cerco y el desorbitado número de su ejército que no la calidad ni la disciplina de sus soldados, los que hicieron que cayera, en última instancia, la ciudad celtíbera, como describió Apiano «*pequeña y poco poblada*». Numancia se hizo grande en el sentido humano de la palabra y nadie lo sabía mejor que Escipión por lo que no supuso un desprestigio para que hubiera añadido a su título victorioso de «el Africano» también el de «Numantino».

### CRONOLOGIA (antes de la Era)

- 237 Los cartagineses inician la conquista de Hispania para resarcirse económicamente de las indemnizaciones de guerra a Roma tras su derrota en la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.)

<sup>39</sup> Aulo Gell. V, 19, 15-16. Hist. Aug. Severo, XXI, 1.

- 226 Se acuerda un tratado por el que romanos limitan la expansión cartaginesa en la Península Ibérica siendo el límite el río Ebro.
- 219 Aníbal toma Sagunto, aliada de Roma, originándose la Segunda Guerra Púnica.
- 218 Roma envía un ejército a la Península contra los cartagineses.
- 209 Los romanos toman Cartago Nova (Cartagena) y vencen a Asdrúbal en Baecula.
- 206 Victoria romana en Ilipa, expulsión de los cartagineses de la Península.
- 205 Los romanos asignan gobernadores para las provincias Citerior y Ulterior.
- 202-201 Los cartagineses son derrotados en suelo africano en la batalla de Zama, el tratado de 201 a. C., da por finalizada la Segunda Guerra Púnica.
- 197-194 M. Porcio Catón sofoca una sublevación de tribus hispanas.
- 179 T. Sempronio Graco y Postumio Albino pacifican los territorios de Hispania.
- 154-153 Los caudillos lusitanos Púnico, y a su muerte César, incursionan en los territorios de la Bética y vencen respectivamente a los ejércitos romanos. Los celtíberos vencen al cónsul Q. Fulvio Nobilior.
- 152 El cónsul Claudio Marcelo establece un tratado de paz con los celtíberos.
- 151 El cónsul L. Licinio Lúculo rompe el acuerdo de paz atacando a los aliados de los celtíberos de Numancia, los vacceos.
- 149 En África, Cartago se niega a cumplir las cláusulas abusivas de Roma a raíz de su enfrentamiento con el rey nómida Masinisa que atacaba su territorio. Los romanos inician la Tercera Guerra Púnica.
- 147 Viriato es nombrado caudillo de los lusitanos, victoria sobre el pretor C. Vetilio.
- 146 Viriato vence al pretor C. Plautio toma Segobriga y derrota al pretor Claudio Unímmano aunque no logra revelar a los celtí-

- beros. Publio Cornelio Escipión Emiliano destruye Cartago, final de la Tercera Guerra Púnica.
- 145 Viriato derrota al pretor C. Nigidio.
- 144 Después de varias escaramuzas victoriosas contra los soldados de Q. Fabio Máximo Emiliano (hermano de Escipión Emiliano), Viriato es obligado a retirarse a Baecula.
- 143 Levantamiento celtíbero, Roma envía contra Numancia al cónsul Q. Cecilio Metelo que vence a los vacceos pero no logra un acuerdo de paz con los celtíberos al aceptar estos sus condiciones a excepción de entregar las armas. Viriato logra vencer a Q. Pompeyo y a Quinctio.
- 141 El cónsul Q. Pompeyo es derrotado en Numancia y Termes; negocia una paz con los numantinos en unos términos que luego negará ante el Senado de Roma.
- 140 Viriato derrota a Fabio Máximo Serviliano pero negocia con él una paz por el que se respetan los límites existentes y se le reconoce como amigo del pueblo romano.
- 139 El cónsul Popilio Lenas fracasa ante su intento de tomar Numancia y tan sólo logra hostigar a sus aliados vacceos. El procónsul Q. Servilio Cepión rompe la paz con los lusitanos y no pudiendo vencer a Viriato soborna a tres de sus emisarios que consiguen asesinarle.
- 138 El cónsul C. Hostilio Mancino es derrotado por los numantinos viéndose obligado a firmar un tratado de paz que rechazaría Roma.
- 137 M. Emilio Lépido, L. Furio Filón (136 a. C.) y Q. Calpurnio Pisón (135 a. C.), no se arriesgaron a un nuevo fracaso ante Numancia contentándose con realizar incursiones contra sus aliados los vacceos.
- 134-133 A Publio Cornelio Escipión Emiliano le otorgan por segunda vez la magistratura consular, se dirige a Numancia a la que sitia por hambre, los numantinos le proponen un acuerdo de paz, Emiliano sólo acepta una rendición sin condiciones que rechazan los numantinos. Suicidándose la mayoría de ellos Emiliano toma definitivamente la ciudad a la que destruye.

BIBLIOGRAFÍA Y TRADUCTORES  
DE LOS FRAGMENTOS DEL PRESENTE ARTÍCULO

- APIANO: *Historia romana*. Antonio Sancho Royo. Edit. Gredos, Madrid, 1980.
- APIANO: *Guerras civiles*. Antonio Sancho Royo. Edit. Gredos, Madrid, 1985.
- ASTIN, A. E.: *Scipio Aemilianus*. Oxford University Press, Nueva York, 1967.
- AULO GELIO: *Noches áticas*. Manuel A. Marcos y Avelino Domínguez. Univ. de León, Salamanca, 2006.
- BROUGHTON, T. Robert: *Magistrates of the Roman Republic*. American Philological Association, Nueva York, 1951.
- CLAUDIO ELIANO: *Historias curiosas*. Juan Manuel Cortés Copete. Edit. Gredos, Madrid, 2006.
- FLORO: *Epítome de la Historia de Tito Livio*. Gregorio Hinojo e Isabel Moreno. Edit. Gredos, Madrid, 2000.
- FRONTINUS: *The stratagems and the aqueducts of Rome*. Charles E. Bennet. Harvard University Press. 1980.
- FRONTO, M. Cornelius. Edmundi Hauler y Michael Van den Hout. Bibliotheca Teubneriana, Leipzig, 1.998.
- FRONTÓN: *Epistolario*. Angela Palacios Martín. Edit. Gredos, Madrid, 1992.
- Historia Augusta*. Vicente Picón y Antonio Cascón. Ediciones Akal, Madrid, 1989.
- JENOFONTE: *Ciropedia*. Rosa A. Santiago Álvarez. Ediciones Akal, Madrid, 1992.
- JUSTINO: *Epítome de las historias Filípicas de Pompeyo Trogo*. José Castro Sánchez. Edit. Gredos, Madrid, 1995.
- LUCILIO: «Fragmentos» en *La sátira latina*. José Guillén Cabañero. Ediciones Akal. Madrid, 1991.

- OROSIO: *Historias*. Eustaquio Sánchez Salor. Edit. Gredos, Madrid, 1982.
- PLUTARCO: *Moralia*. Mercedes López Salvá. Edit. Gredos. Madrid, 1987, vol. III
- POLIBIO: *Historias*. Manuel Balasch Recort. Edit. Gredos, Madrid, 2000.
- POLIBIO: *Historias*. Alberto Díaz Tejera. C. S. I. C. Barcelona, 1972.
- POLIENO: *Estratagemas*. José Vela y Francisco Martín. Edit. Gredos, Madrid, 1991.
- SCHULTEN, Adolf: *Fontes Hispania Antiquae*. Barcelona, 1937, vol. IV.
- SCHULTEN, Adolf: *Fontes Hispania Antiquae*. Barcelona, 1952. vol. VI.
- SCHULTEN, Adolf: *Historia de Numancia*. Edit. Barna, Barcelona, 1945.
- SIMON, H.: *Roms kriege in Spanien*. Frankfurt, 1962. p. 178.
- TITO LIVIO: *Períocas. Perúocas de Oxirrinco. Fragmentos*. José A. Villar Vidal. Edit. Gredos, Madrid, 1995.